

JOAQUIN N. ARAMBURU

Por EMETERIO S. SANTOVENIA

(Colaboración exclusiva para INFORMACION)



El día 10 de septiembre de 1955 se celebrará el primer centenario del nacimiento de Joaquín N. Aramburu y Torres, natural de Guanajay. No pasará esa fecha sin que se levanten actas durables en memoria de la vida y obra de quien en el último siglo —menos sus primeros años y el tercio de centuria siguiente a su expiración— laboró por la transformación politicosocial de Cuba. Este obrero, poseedor de un oficio manual, se afanó intensamente con la palabra, la pluma y el ejemplo.

Aramburu recibió enseñanza primaria de excelentes maestros en Guanajay. Pero debió a sí propio lo más y lo mejor de su formación intelectual. El autodidacto que hubo en él estudió ahincadamente mientras movía sus brazos para ganar el pan de cada día. Con el varón ansioso de adquirir y manejar saberes creció el hombre de carácter. Aquél y éste sobresalieron en una época de sacrificios y esfuerzos colectivos.

Participó de modo descolante en el empeño de modificar las condiciones de vida del pueblo cubano. En las filas del autonomismo, ocupando plaza en su extrema izquierda, defendió las libertades públicas. En la posición de agente del separatismo, en viendo frustrados los proyectos de reformas del régimen colonial, propugnó el imperio de la libertad. Las libertades se referían al ciudadano. La libertad era ambicionada para la Patria. La libertad de la Patria debía llevar en sí las libertades públicas.

Las ideas liberales de Aramburu tuvieron por principal vehículo la letra de molde. En la dirección y redacción de periódicos trabajó tenazmente. Difundió luces morales y políticas al precio de persecuciones y en términos que lo situaron entre los buenos periodistas de la Isla. Paralelamente a esta labor se desarrolló la del autor de libros y folletos en prosa y verso. El escritor de Guanajay adquirió sólida reputación.

En la era de la independencia nacional su labor literaria fué copiosa y trascendente. En el habanero *Diario de la Marina* —en el que exponía sus opiniones de manera libérrima—, al principio con frecuentes artículos de diversos títulos y después con los que cotidianamente daba en la sección denominada *Baturrillo*, consolidó su fama de hombre de letras. Llegó entonces a ser uno de los escritores más independientes de Cuba, siempre al servicio de los intereses del país. El número de sus lectores estuvo en relación directa con la elegancia cierta y la seriedad por todos reconocida de sus trabajos. Estos tocaron los más disímiles asuntos, desde los políticos hasta los científicos. En todos dió constantes pruebas de poseer sínderesis y sagacidad sumas.

Cuanto a los negocios públicos, al quedar los mismos colocados bajo la dirección de los cubanos, su postura fué la correspondiente a un conservador influido por normas liberales, a una manera inglesa, como el insigne Rafael Montoro, uno de sus dioses tutelares. Reflexionaba, Maduraba juicios. Daba a cada quien lo suyo. Emitía pareceres a diario leídos y encomiados en la Isla entera, desde Baracoa hasta Mantua. En momentos de profundas conmociones políticas asumía las funciones de apaciguador y orientador.

Esencialmente fué maestro. Por tal lo tuve desde lejos. Recuerdo esto con placer y gratitud. A muchos enseñó a ser comprensivos, benévolos y tolerantes. Su modestia alcanzó niveles semejantes a los muy elevados a que llegaron su talento y su cultura.

Hasta la víspera de su acabamiento, ocurrido el 14 de septiembre de 1923, en la villa natal, su vida fué incesante faena de valoración y afirmación, aunque a ratos pareciese dominado por el pesimismo. Gracias a su pensamiento y a su acción, Guanajay llegó a ser meridiano de sensatas opiniones. He ahí una de las glorias de Joaquín N. Aramburu, obrero manual, periodista, poeta, ensayista, crítico, autor de libros sustanciales, productor de textos sobre los ritos y la trascendencia de la francmasonería, maestro de maestros, propagador de ideas liberales, servidor de acendradas aspiraciones políticas, propulsor de humanas convivencias, inspirador de sanas doctrinas sociales, sembrador de fecundas enseñanzas cívicas y animador de nobles tareas del espíritu. Aramburu murió en olor de proceridad.

Sep 8/55 -